

## II

### DIÁLOGO

(Es de noche. Cervantes y yo caminamos en pos de don Quijote, que salió de su casa hará una media hora, llevando por escudero a Sancho Panza. Es ésta su segunda salida. No sabemos lo que le sucedió en su primera, de donde regresó muy quebrantado y abatido, según me dice Cervantes, porque quiso que unos mercaderes reconociesen sin más ni más la fuerza suprema del Gran Espíritu. Ahora va, como hemos dicho, en compañía de Sancho Panza, un rústico que no está loco, y que va con él soñando en una Ínsula o Gobierno donde pueda desarrollar sus cualidades de hombre inteligente. Don Quijote, sin embargo, cree que Sancho también está loco.

Se equivoca. El gran don Quijote no posee un sentido observatorio muy perspicaz, y por eso no es de extrañar que tenga formado de su escudero un juicio erróneo. Ya damos alcance a don Quijote. Nos situamos detrás, a unos metros de distancia, sin ser vistos. Oímos la conversación que sostiene con Sancho. No nos interesa. El Gran loco pretende calmar las apetencias de mando que padece el mentecato de su escudero. Cervantes y yo hablamos también.)

Yo.— He aquí las dos figuras que buscábamos.

Cervantes.— Sí, mis figuras.

—¿Eh?

—He dicho que tenemos a la vista mis figuras, o sea, más claro, dos hijos míos.

—Hombre, hombre. No tanto. Me parece que hay error en tus palabras.

—¿Cómo?

—Sí, porque éstos no son tus hijos. Vamos a probarlo: dime, ¿por qué los conoces?

—Pues, verás: Uno, ese tan flaco y de catadura tan extraña que va subido sobre «Rocinante», es un hidalgo loco de Argamasilla. El otro, el que camina sobre el asno, es Sancho Panza, un ingenuo también de Argamasilla, muy rústico y de muy poca cabeza el pobre. Pero, ¿es que no has leído el libro que yo compuse sobre las hazañas del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha?

—Sí, y muchas veces; pero no reconozco a ninguno de los personajes de tu historia.

—Pues es raro, porque son estos mismos que caminan delante de nosotros.

—Me parece que no, amigo Cervantes.

—¿En qué te fundas para decir eso?

Hago que Cervantes mire a la llanura. En ella, don Quijote arremete con furia a unos gigantes. Cervantes, al verlo, se pasa la mano por los ojos, como para asegurarse que estos transmiten al cerebro la visión exacta.

No sabe qué decir ante aquello. Porque, efectivamente, don Quijote lucha con unos enormes gigantes. Por fin, dice:

—Oye, Ledesma. Yo veo gigantes. ¿Estaré yo también loco como mi don Quijote?

—Claro, hombre, claro. Ahora estás loco, de locura quijotesca.

Cervantes, sin embargo, sigue pasándose la mano por los ojos. No lo quiere creer. Pero él ve gigantes. La realidad es que ve gigantes. Al fin, exclama:

—¿Oyes lo que dice ese imbécil de Sancho? Da voces.

—Sí, le dice a don Quijote que se detenga, pues no hay tales gigantes, sino molinos de viento.

—¡Pobre loco, Sancho! ¿Por qué verá molinos donde hay gigantes?

—Tú lo has dicho ahora. Porque está loco.

—¡Ah!, ¿pero está loco Sancho?

—Así parece. Quien ve molinos donde hay gigantes, debe estar loco.

En esto, vemos que don Quijote rueda por el suelo. Cervantes no puede sostenerse y exclama:

—Vencieron los gigantes. Han matado a don Quijote.

—Eso es imposible. Don Quijote no puede morir sino a manos de sí mismo. Pero vamos a ver si está herido.

En efecto, don Quijote está herido, pero no muerto. Una prueba de que no está muerto son sus palabras: «... aquel sabio Frestón ha vuelto estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento.»

Nosotros todavía no nos convencimos de que aquellos fueran molinos. Pero tuvimos que rendirnos a la evidencia. Y sentimos algo así como un hormigueo en el cerebro que nos obligó a cerrar los ojos violentamente. Al abrirlos, tocamos las piedras con la mano. Y una desilusa melancolía pone en nuestros labios:

—Son molinos.

—Son molinos.

—*Son*, pero no *eran* —balbuceo yo.

—Son y eran —dice Cervantes.

—¿Crees todavía que éste que vimos es tu don Quijote?

—Sí, me parece que sí. Pero no lo creía yo capaz de volvernos locos a nosotros.

—Es, amigo Cervantes, que este Quijote tiene tres siglos más que el tuyo. Y ha adquirido tanta fuerza que a su lado tú eres un pigmeo. Hoy hay ya muchos que no se ríen de don Quijote, cosa que, sin duda alguna, no sucedería en *tu* tiempo. Fíjate que digo en *tu* tiempo. Cada vez apareces más pequeño, porque don Quijote es cada vez más grande. ¡Y pobre del autor que crea un ser capaz de engrandecerse! Don Quijote es hoy grande no porque lo hicieras tú, sino porque se ha hecho grande él a sí mismo. Y es que es muy distinto engendrar un hijo a crear una personalidad. Y si el hijo se hace personalidad, no dudes que es por su propio esfuerzo. Y tú creaste un hijo, no creaste una personalidad.

Cervantes quedó pensativo al oírme estas palabras. Luego, exclama:

—Es un mal hijo ese don Quijote. Yo lo hice loco y loco ha debido continuar.

—Si loco sigue, amigo Cervantes. ¿Sabes quiénes eran esos gigantes que acometió?

—No lo sé.

—Yo tampoco, pero me parece que si lo supiéramos, mejor dicho, si lo hubieras tú sabido al escribir la aventura, lo habrías llamado dos veces loco: Una, por ver gigantes donde había molinos; otra, ya dentro del mundo de don Quijote, porque dado caso de que fueran realmente gigantes, se atrevió a acometerlos cara a cara. La primera locura se la atribuyen los hombres *cuerdos* y se la atribuyes tú. Pero la segunda, ni tú ni los hombres *cuerdos* podéis atribuírsela, porque para vosotros permanecerá siempre en el misterio el saber quiénes eran esos gigantes.

—Lo que estoy viendo, y me extraña mucho, es que tomáis en serio a don Quijote.

—Tú lo has dicho, hombre, y muy en serio. Consideramos tu libro como el más grande que se ha escrito.

—Pues me parece muy mal. Si es por honrarme a mí, bien podíais haber elegido el «Persiles», que está mucho mejor hecho y pondría mi nombre a una altura más apreciable.

—¡En qué error vives! A tu «Persiles» no le damos importancia alguna. Y en cuanto a la gloria de que rodeamos al «Quijote», no creas que somos tan cándidos que te la atribuimos a ti íntegra.

—¡Ah! Ya me lo explico todo. Es que os fijáis demasiado en el discurso que sobre las armas y las letras puse en boca de don Quijote, y quizá también en los consejos que dio a Sancho cuando éste iba a gobernar su Ínsula.

—Sigues desbarrando, amigo Cervantes. Nosotros vemos la grandeza de don Quijote en las acciones que tú presentas como sus mayores locuras.

—Pues no me lo explico.

—Y no te lo explicarás hasta que no sepas quiénes eran los gigantes que acometió don Quijote.

—Me parece que estáis más locos que él.

—Quizá, quizá.

**>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»**

**>SECCIÓN: TEXTOS DE RAMIRO LEDESMA RAMOS**

**>DOCUMENTO: Quijote\_006**